

CAPITULO XXI.

LOS CELOS DESVANECIDOS.

La vida empezaba de nuevo para don Fermin del Valle, su vida de siempre, regular, monotonía y agradable con toda su realidad.

Sentóse á la mesa entre los dos jóvenes.

Matilde no se atrevía á levantar los ojos por el miedo de que sus lágrimas hicieran traición á sus emociones.

El marquesito bajaba también la vista receloso de que destellase de ella la alegría que suele sentir un amante que se cree correspondido.

—Este vino, marquesito,—dijo con jovialidad el banquero llenando las tres copas—es Valdepeñas legítimo y de toda confianza. Matilde, es preciso beber á la salud del salvador de mi honra.

Matilde libó su copa inclinándose cortesmente hácia el marquesito; este se esforzó por sonreír chocando la suya con la del banquero, y después de haber bebido, exclamó el honrado viejo:

—Es excelente este vino, amigo Bellaflor. Espero que en breve

hará desaparecer la melancolía de entre nosotros. ¡Cosa mas rara! Estoy observando, amigo mio, que al prodigar usted sus beneficios lo hace con la misma emoción que siente el que los recibe. Y tú, Matilde, parece que no quieras resolverte á ser dichosa.

Los dos jóvenes procuraron sonreírse; pero esta sonrisa era la espresion de una pena reprimida.

Si nuestras amarguras tienen precision de hallar algun partícipe para mitigarse, la alegría necesita comunicarse para ser duradera.

La profecía del banquero no se cumplió, pues lejos de que el sabroso Valdepeñas engendrara buen humor, don Fermin fué poco á poco contagiándose de la tristeza de los jóvenes, y por último permaneció silencioso y reflexivo como ellos.

Matilde y Enrique estaban sobradamente absortos en sus pensamientos para notar que el que poco antes respiraba todo el júbilo de un hombre feliz, permanecía triste como ellos, que tanto sufrían.

Contemplábales el banquero de una manera sombría, y mil ideas confusas abrumaban su imaginacion.

Repasaba los sucesos del dia, acordóse de la historia que le contó su joven esposa, y un presentimiento fatal le hizo estremecer.

Creía adivinar un terrible misterio que destruía todas sus ilusiones.

No era una fogosa fiebre, no eran frenéticos celos los que avasallaban su alma, era el peso de una desdicha cierta lo que le atormentaba, era el abatimiento que sigue á las esperanzas desvanecidas, y que es fuerza soportar con dolorosa resignacion sin dejar escapar una queja, un solo murmullo.

Un velo sombrío enlutaba de nuevo su porvenir.
Miráales á los dos con piedad para ellos, con amargura para sí mismo, y no acertaba á comprender el martirio que sufría.

Terminada la comida se aproximó á su esposa y asiéndola cariñosamente de una mano, la atrajo á sí, y le dijo aparentando serenidad:

—Matilde, cuando esta mañana se nos ha presentado el marquesito, te faltaba decir algo para concluir tu historia.

—¡Algo!—dijo con acerba inquietud la jóven.

—Una sola palabra... un nombre... Me es indispensable saber ese nombre, Matilde.

—Ese nombre—balbuceó Matilde trémula, pálida como la muerte.

—El nombre de tu seductor.

Este momento fué solemne.

De un nombre solo dependía el porvenir de tres personas.

Este nombre iba á disponer de la paz interior, de la dicha, del honor, de la vida del banquero.

Este nombre iba á disipar las esperanzas que Enrique había fundado en las lágrimas de Matilde, pues impelido por un instinto siniestro, había escuchado la pregunta que el banquero acababa de dirigir por lo bajo á su esposa.

¿Qué esperaba el insensato?

El mismo lo ignoraba, su cabeza estaba turbada, su corazón herido.

Amaba con frenesí, y hubiera dado su vida para no abandonar aquella casa, para no alejarse de Matilde.

En cuanto á la jóven esposa no había ningun recuerdo culpable de un amor que rechazaba: su alma pura olvidóse á sí misma; pero

vió el dolor de su marido, su reposo destruido para siempre, vió su ruina, vió su deshonor, y oprimió vivamente su corazón con las dos manos temblorosas.

¡Pobre jóven! ¿Qué iba á responder?

Si decía la verdad asesinaba á su marido...

Era preciso mentir para salvarle.

Esto la decidió á pronunciar en voz baja una impostura.

—Ese nombre—dijo—te es desconocido.

—No importa, quiero saberlo.

—Don Juan Espinosa.

El respetable anciano exhaló un suspiro como si se sintiera aliviado de un peso que oprimía su corazón, y apretando la mano de su esposa, dijo para sí:

—Me había equivocado.

—Ha ocultado mi nombre—pensó el marquesito lleno de gozo—me ama todavía.

La fiebre de su corazón no le dejaba comprender la pureza de semejante impostura.

—¡Perdóname, Dios mio!—esclamaba para sí la infortunada esposa dirigiendo al cielo sus ojos preñados de lágrimas.

El marquesito de Bellaflor dirigió á la infeliz una mirada de ternura y reconocimiento, que ella acogió sin rubor, porque no comprendía que había alentado las criminales esperanzas de Enrique.

Admitiendo con benevolencia aquella atrevida mirada, figurábase que decía á su amante:

«Unámonos para salvar á mi digno esposo, unámonos para conservarle una vida honrosa y tranquila.»

De este modo y sin sospecharlo siquiera, estraviábase por una senda peligrosa.

Falta de experiencia, creía que el corazón de Enrique era puro como el suyo; se equivocaba.

¡Pobre criatura! mientras hablaba el idioma de los ángeles, se le contestaba con el lenguaje de las pasiones del mundo.

Al banquero no le quedaba ya una sola nube en su magestuosa frente. Su lealtad tenía completa confianza en cuantos se hallaban en torno suyo.

No era capaz de ofender á nadie, por una duda, por una sola sospecha.

Hacia uso del derecho de las almas generosas, de los corazones probos; dejábase engañar fácilmente sin amenguar su dignidad personal.

Mientras Matilde trabajaba, inclinada la cabeza hácia su labor, su crédulo marido hablaba de mil proyectos para el porvenir.

Se refirió sin tristeza á los temores pasados, y prodigando á Matilde afectuosas palabras, contribuyó también con su ilimitada confianza á fomentar los torpes deseos del marquesito.

Entrada ya la noche, anunció un criado al banquero que cierta persona le aguardaba en su despacho.

—Está bien—dijo.—Que tenga la bondad de aguardar un momento, y entrégale un legajo que hay en mi mesa.

El criado se retiró y volviéndose el banquero hácia su esposa y Enrique, les dijo:

—Es una persona entendida á quien he confiado el arreglo de mis papeles relativos á las casas que últimamente quebraron. Voy á darle mis instrucciones y ayudarle un rato. ¡A Dios, hijos míos! Mañana es el gran día para usted y para mí, señor marquesito; para mí porque salva usted mi honor, para usted por la satisfacción que deja una acción generosa.

El jóven bajó la cabeza.

Avergonzábale á pesar suyo la noble confianza del respetable anciano, pues aunque los labios de Enrique no habían pronunciado palabras culpables, su corazón avasallado por un amor frenético, mas fuerte que su voluntad, mas poderoso que su conciencia, alentaba un deseo criminal.

El banquero estaba ya en pié.

—No creo preciso decir á usted—añadió apretando la mano de Enrique—que mi esposa y yo hemos resuelto alojarle en casa.

Matilde dejó caer en el suelo su labor, y encendida por la sangre que se le aglomeró en el rostro, dijo llena de confusión:

—Esperamos nos hará usted el honor...

Y sin acabar la frase lanzó una mirada al marquesito que evidenciaba su reprobación.

—Yo...—tartamudeó Enrique.

—No hay que replicar—dijo don Fermin.

—Sin embargo...

—Está resuelto.

—Permítame usted decirle que...

—Matilde, por Dios, ayúdame á convencerle.

—Ya sabe usted mis deseos—dijo Matilde con intención al marquesito.

—Tendría una satisfacción en complacer á ustedes si no fuese por...

—¿Por qué?—interrumpió impaciente el banquero.

—Porque he dado palabra al fondista de quedarme allí.

—¡Gran dificultad!

—Ya vé usted... el compromiso...

—No hay que veniros con obstáculos. Las fondas son detes-

tables en Madrid... Además, aquí no hay familia, y lejos de causar usted la menor molestia, nos es sumamente grato ver en nuestra compañía el amigo á quien tanto debemos. No hay que darle vueltas, es usted individuo de la casa... á lo menos durante su permanencia en Madrid.

—Pero...—replicó el jóven inclinándose.

—Nada, nada— continuó jovialmente el banquero.—*Sans façon* como dicen los franceses. Ya ve usted como yo tampoco hago cumplimientos... le hospedo á usted en el cuarto segundo; con que no hay más que aceptar sin ceremonia la sincera y cordial hospitalidad que tanto mi esposa como yo ofrecemos á usted. Largo tiempo le seré á usted deudor de sus beneficios; y entre tanto admita usted esta pequeña muestra de mi reconocimiento.

Después de haber estrechado la mano del marquesito, acercóse á Matilde, que pensativa y apesadumbrada, hacia vanos esfuerzos por continuar su labor, y apoyando la diestra en la frente de la afligida esposa, le dijo:

—Tú, Matilde, no tardes en acostarte... yo he de pasar la noche en vela. Sabes que estoy acostumbrado á ello cuando los negocios lo exigen. Esto no perjudica mi salud, porque cuando no estoy á tu lado, en ninguna parte me hallo mejor que entre mis libros y papeles. Retírate temprano, hija mia, este dia de emociones te ha dejado abatida. El señor marquesito disimulará por esta noche esta falta de cortesía.

Enrique no pudo responder una sola palabra.

Su voz trémula hubiera revelado el sentimiento que le agitaba.

Levantóse de repente como si temiera que las fuerzas le abandonasen, y como si se lanzára á una desesperada resolución.

Aproximóse al banquero, le apretó entrambas manos con las

suyas, é inclinándose respetuosamente delante de la señora del Valle, salió después de pronunciar estas solas palabras:

—Buenas noches.

El banquero le siguió para enseñarle la habitacion y ver si se le ofrecia algo antes de retirarse.

El marquesito, pretestando el cansancio del viaje, rehusó la cena, y el banquero volvió en breve al lado de su mujer.

—¿Me prometes, hija mia,—le dijo cariñosamente—no tardar en acostarte? La palidez de tu rostro es mayor que de costumbre y me hace temer que caigas enferma.

—Me falta poco para terminar esta labor—respondió Matilde—y en seguida me retiraré á mi cuarto.

—Muy bien; yo voy á poner en órden mis cuentas.

El banquero besó la frente de su esposa y entró en su despacho.

Apenas vió Matilde que se cerraba la puerta que la separó de su marido, las lágrimas tan largo tiempo contenidas, inundaron su rostro.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó en voz ahogada por los sollozos.—¡Que desgraciada soy!

Y quedó sumergida en silenciosa meditacion.

Procuraba recobrar toda su fuerza, todo su valor, toda su resignacion, y para mitigar su amargura apelaba al recuerdo de los inmensos beneficios que debia á su viejo marido.

Deslizábanse las horas, é inmóvil la infeliz y sumergida en sus dolorosas reflexiones no se acordaba siquiera de ir á tomar descanso.

El marquesito no se hallaba menos agitado en su estancia.

El ángel del bien luchaba en su corazon contra el genio del mal.

El enamorado joven había temido quedar á solas con Matilde, y había huido, porque una mera palabra escapada de su corazón no le hiciera indigno de la noble confianza del banquero.

Había en su fantasía una cruel ebullición; su alma estaba inquieta, zozobante.

Hubiera querido no ver mas á Matilde, y sin embargo hubiera sacrificado la mitad de su vida al placer de hablar con ella un solo instante.

Paseábase como un loco sin poder fijarse en una sola idea consoladora.

El sueño y el descanso estaban muy lejos de sus ojos y de su corazón.

—No, no,—esclamó en fin—es imposible que me quede aquí, tan cerca y tan lejos de ella... en la misma casa que ella habita... donde me parece oír á cada momento el rumor de sus pisadas y el sonido de su voz..... no, es imposible. Ahora ya no soy aquí útil á nadie..... mi presencia solo sirve para hacer padecer y turbar la dicha de los demás. Es preciso partir. Sí—añadió después de un instante de silencio—debo partir; pero no mañana... esta noche... ahora mismo. Dejaré una carta para ese virtuoso anciano.... le diré que un urgente negocio me atormenta y me llama imperiosamente. Sí, esto es lo mas acertado.

Buscó en su cuarto papel y tintero; desgraciadamente nada había para efectuar allí su resolución.

Tomó el sombrero, púsose su elegante sobretodo, que por su hechura participaba de gaban y de albornoz, encima del traje negro que llevaba, y se dirigió á la escalera.

—Nadie habrá ahora en el salón donde he visto una mesa con escribanía... allí satisfaceré mi deseo... es un deber sagrado.

Detúvose bajo el dintel de la puerta.

Un cabo de bujía ardía aun en la mesa, y Matilde, acodada en ella con el rostro oculto entre las palmas, parecía abismada en su dolor.

—¡Buen Dios!—murmuró el marquesito para sí—¡piedad!... ¡piedad de mí y de ella!... ¿Por qué me vuelves otra vez delante de esa desgraciada?... Ella tambien ha velado atosigada por el dolor y la meditacion. ¡Pobre niña! Mi presencia y mi nombre son siempre para ella gérmenes de amargura.

De repente volvió Matilde la cabeza, como si algo le hubiese revelado la aparición de su amante.

Al verle se levantó temblando, y lanzándole una mirada de reprobacion exclamó:

—¡Caballero!

